

SERMON PANEGIRICO

PARA EL DIA DE SANTA ANA,
MADRE DE NUESTRA SEÑORA.

Laudabo nomen tuum assidue et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione.

Alabaré continuamente tu nombre, y le celebraré con hacimiento de gracias, porque mi oracion fué oída, y me libraste del oprobio.

Eccli. cap. LI.

Al modo que cuando el Evangelio hace el elogio de la Bienaventurada Virgen María, usa de estas laconicas espresiones: *María de la cual nació Jesus que se llama Cristo*, así el mas perfecto panegirico de la Santa cuya fiesta celebramos, podriamos concretarlo á estas breves palabras: *Ana, Madre de la Bienaventurada Virgen, que lo fué de Jesus*. Toda la elocuencia de los mas célebres oradores que han sido la admiracion del mundo por la brillantez con que supieron espresar sus pensamientos, no pudieron espresar mas elevados conceptos en menos número de palabras.

En efecto, ilustre y muy venerable hermandad y piadoso auditorio: Si el mérito de los hijos es la

mayor gloria de los padres, bástanos fijar la atencion en el sublime destino de la augusta hija de Ana, contemplar el piélago de gracias con que fué adornada y enriquecida, su altísima dignidad de Madre de Dios, para que vengamos en conocimiento de la santidad y los merecimientos de la ilustre hebrea, esposa de Joaquin, que produjo de su seno tan fecundo fruto. Tenemos, sin embargo, mucho que admirar y no poco que aprender en la vida de la gloriosa Santa Ana. Habia pasado sus dias en el ejercicio de las virtudes: su alma se elevaba de continuo hácia su Dios, y la alimentaba y nutria con el celestial alimento de la oracion.

Por muchos años hubo de sufrir con paciencia y sin exhalar una queja la esterilidad, que era mirada en el pueblo de Israel como un oprobio. Ella devoraba en silencio la profunda pena que le affigia, viendo casi perdida la esperanza de que de su raza pudiera surgir el suspirado Mesías. En su humildad llegó á creer si no seria digna de honor tan encumbrado. ¡Todo estaba escrito en el libro de oro de los destinos de la humanidad!... La oracion del justo sube siempre al cielo en olor de suavidad; y Dios se dignó oír la de la Esposa de Joaquin. Hallábase en edad avanzada, cuando dispuso el Señor que concibiera en su seno á aquella Virgen venturosa que viera Isaiás á través de los velos del tiempo: aquella que habia sido anunciada bajo mil símbolos y figuras en las páginas del Testamento antiguo, de la que fueron representacion y anticipadas figuras las ilustres heroínas del pueblo de Israel; aquella mujer, en suma, en cuyo seno virginal habia de obrarse un dia el gran prodigio de la Encarnacion del Divino Verbo.

¿A qué mejor recompensa podía aspirar la bendita Ana por sus pasadas angustias? Dios fijó sobre ella su mirada y la colmó de bendiciones concediéndole fecundidad tan dichosa.

¿Quién, señores, no comprende toda la grandeza de Santa Ana? Creo poder decir que esceptuando á su augusta Hija la Virgen María, no ha existido otra mujer mas santa que ella. Me fundo en la doctrina del angélico Doctor, que dice que si hubiese habido una mujer mas santa que María, esta no hubiese sido digna de ser Madre de Dios. Así podemos creer que si hubiese habido otra mas santa que Ana, esta no hubiese sido digna de ser Madre de María, de la que habia de nacer el Unigénito del Padre, engendrado de toda la eternidad.

Sin que tratemos de investigar los designios de Dios en orden á la eleccion de Santa Ana, para abuela segun la carne del Hijo de Dios, vamos á descubrir sus merecimientos en la resignacion con que supo sufrir su esterilidad, y en el premio que recibió en su admirable fecundidad. A mi me parece oirla exclamar en el dia de su dicha: «Alabaré ¡oh Señor, continuamente tu nombre, y le celebraré con nacimiento de gracias, porque mi oracion fué oida y me libraste del oprobio.» *Laudabo momentum assidue, et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione.* ¡Ojalá que su ejemplo nos haga dignos de los favores del Señor, y aprendamos á estimarlos y agradecerlos en lo que valen!

Tengo propuesto el plan y objeto de la presente oracion panegirica. Para que dignamente pueda yo desenvolver la idea que me he propuesto, imploremos los auxilios de la gracia, por la intercesion po-

derosa de la augusta hija de Joaquin y Ana, Madre de Dios y Señora Nuestra, saludándola reverentes con la espresiones del Ángel. *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Clamaba el pueblo de Israel por la venida del Mesías: la sinagoga elevaba continuos votos al cielo, de suerte que de tanto pedir habia enronquecido. Cielos, exclamaban sin trégua ni descanso, enviad el rocío de lo alto, y las nubes lluevan al justo: ábrase la tierra y brote al Salvador (1). ¡Cuándo vendrá el deseado de las naciones!

Todo daba á comprender que era llegado el tiempo de la realizacion de las promesas: se estaba cumpliendo la profecía de Jacob, pues que el cetro de Judá habia pasado á una mano extranjera, y cada dia se hacia mas vehemente el deseo de que apareciese sobre la tierra el Sol divino de Justicia, que la habia de iluminar, dando al mismo tiempo al hombre su libertad perdida. ¿Cuál será la familia feliz, la raza venturosa que producirá al Mesías? Este era un secreto incomprendible á la débil razon humana. Las mujeres israelitas suspiraban por tener sucesion, porque todas aspiraban á la alta honra de ver surgir de su descendencia al Mesías. La estéril lloraba amargamente, viendo en su desgracia un oprobio, y así no nos admira el ver que Thanías quisiera juntarse á su suegro valiéndose de la ficcion y del engaño, esperando por este medio el conseguir la dicha de tener un hijo.

(1) Isaias cap. XLV. v. 8.

En la pequeña villa de Nazareth, cerca del monte Carmelo, vivia un santo matrimonio, cuyas principales ocupaciones eran la práctica de las virtudes. En nada se habian separado del cumplimiento de la ley, y en su retiro y soledad vertian lágrimas de dolor, que no eran producidas por la consideracion de verse reducidos á estado de estrechez, no obstante ser de elevado origen, sino por los males que pesaban sobre el pueblo donde habian llovido tantas bendiciones del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Este matrimonio tan rico en virtudes era Joaquin y Ana, ilustres personajes elegidos en la mente divina para los mas altos fines. Fijemos hoy nuestra atencion en Ana, la célebre nieta de Natham, pues que á ella consagra la Iglesia la presente festividad.

Es, señores, una verdad bíblica, que las almas justas deben probarse en la humillacion como el oro en el crisol (1). Ana era aceptable á Dios: sus virtudes subian al cielo en olor de suavidad. ¿Cómo habia de estar exenta de tribulacion? ¿Cómo no habia de experimentar humillaciones? El estado de Israel era el mas deplorable: aquel pueblo do habian surgido iluminados profetas que anunciaran los grandes sucesos que se habian de realizar en la plenitud del tiempo, ilustres patriarcas y privilegiados justos: aquel pueblo tan favorecido por Jhowah, escogido para ser el depositario de las promesas y al que el Señor habia entregado por manos de Moisés las tablas de la Ley; aquella porcion privilegiada que tan repetidas veces habia sido bendecida, y que fué ob-

(1) Quoniam in igne probatur aurum et argentum, hominis vero receptibiles in camino humiliationis. Eccli. cap. II, v. 5.

jeto de los mas señalados favores, sufría bajo el yugo de una dominacion extranjera, viendo empañado el esplendor del Santuario é interrumpido su culto. Las almas justas sentian un vivo dolor. Tocaban á su término las setenta semanas de años, señaladas por Daniel: el cetro de Judá habia pasado á extrañas manos, todo lo cual anunciaba que era llegada la época de la realizacion de la gran promesa. La virtuosa Ana, devoraba en silencio las mas amargas penas, y bebia resignada la copa de la tribulacion. Ya hemos dicho, que estas amarguras en que rebosaba su bendita alma, no reconocian por causa el humilde estado en que se encontraba, no obstante el brillo de su cuna, pues que pertenecia á la familia proscripta de David. No podia ser causa de turbacion para aquella mujer fuerte que miraba el mundo como un lugar de tránsito. Quédese en buen hora para los mundanos el verter lágrimas de desconsuelo, cuando ven eclipsado el esplendor en que se mecieran y se ven obligados á vivir reducidos en la estrechez. Ana ni para mientes, ni hace la menor reflexion sobre estos asuntos que no pueden preocupar á almas sublimes que nada tienen de vulgares. Lloro si sobre los desastres que pesan sobre su escogido pueblo, y llora tambien porque el cielo se niega á concederle el gran consuelo de la maternidad. Su esterilidad, le hacia perder toda esperanza que de su sangre pudiera surgir el Salvador de Israel. ¡Oh que pena para la santa matrona! Veia pasar los tiempos: habian desaparecido los hermosos dias de su juventud: tocaba al otoño de su existencia, y el árbol de su vida casi se disponia para arrojar sus ojos secas sobre la tierra. ¡Ni la mas re-

mota esperanza le hacia creer que habia de recibir la suspirada bendicion!.. A través de tales angustias, su fé no flaquea; se resigna con la voluntad divina, y mira como un castigo lo que no era otra cosa que una prueba que el Señor hacia de su virtud para premiarla con largueza.

En este estado, dice un Padre, resalta admirablemente en ella la humildad, pues que dirigiéndose al Eterno, le suplica diariamente y en fervorosa oracion, que conceda á su pueblo la dicha porque tanto suspira de ver á su libertador.

Sonó por fin en el reló de la eternidad la hora señalada para que fuese concebida aquella mujer anunciada en el Paraiso que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente; la que en la mente divina habia sido concebida de toda la eternidad; la estrella brillante que habia de preceder al Sol divino de justicia; en una palabra, la angelical María en cuyo favor se habian de abrir los tesoros de las gracias para que pudiese ser digna Madre del Dios que se habia de humanizar para salvar al hombre. Ana despues de tantos años de esterilidad es fecundada. Su tristeza se ha trocado en gozo y regocijo, y bendice el nombre del Señor, con hacimiento de gracias, porque habiendo sido oida su oracion se vió libre del oprobio de la esterilidad: *Laudabo nomen tuum assidue, et collandabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione.*

¿Quién podrá espresar, señores; el júbilo de la ilustre nieta de Natham, al verse bendecida por el Señor? Rebosando su corazon en las mas dulces expansiones, esclama de este modo: «Cantaré alabanzas á Dios mi Señor, por que se ha dignado visitarme

y desviar de mí el oprobio de mis enemigos, dándome el fruto de la justicia que se ha de manifestar en su presencia. ¿Quién anunciará á los hijos de Rubens que Ana está lactando? Oigan, oigan este acontecimiento las doce tribus de Israel (1).»

Yo contemplo ya á la gloriosa Santa Ana, teniendo entre sus brazos á la angelical María. Ella misma no comprende todavía la preciosidad de la dádiva que el cielo la ha concedido porque ignora que tiene entre sus brazos el precioso Tabernáculo donde ha de encerrarse la Divinidad, el reclinatorio de Dios, y el Archivo de sus secretos. Dichosos y mil veces felices Joaquín y Ana, esclamaré yo aquí con el Damasceno, por cuyas virtudes os hicisteis acreedores á la incomparable honra de engendrar á la que es honor de la virginidad, al tesoro de las gracias, al abismo de las perfecciones, al compendio de los prodigios de Dios Omnipotente, la maravilla nueva y nunca vista sobre la tierra (2). Bienaventurada eres ¡oh Ana! y bienaventurado el fruto de tu vientre. Todas las generaciones te colmarán de bendiciones porque nos diste á la Vírgen venturosa destinada para darnos al Salvador.

¡Qué grandeza puede ya compararse con la de Ana! Corred en buen hora, vosotros apasionados del mundo, en busca de esas grandezas y de esos honores que halagan vuestro apetito: buscad afanosos esas riquezas con las que creéis poder rodearos de felicidad, sin atender á su poca duracion, por la

(1) Una antiquísima tradicion nos ha trasmitido estas palabras con las cuales se dice dió gracias á Dios la madre de la Virgen, al ver que habia cesado en ella el oprobio de la esterilidad.

(2) S. Joan. Damas Orat. de Nat. B. M. V.

brevedad de la vida: vuestra grandeza es ficticia, y tan veloz como la luz del relámpago. No querrais compararos con Ana cuya grandeza es eterna: su tesoro es la preciosa Niña que le ha concedido el Omnipotente y que está llamada al mas sublime de los destinos. En esa angelical criatura fruto del seno de la Esposa de Joaquin, han de realizarse los designios misericordiosos de Dios para con la humanidad. ¿La veis en brazos de su virtuosa madre, llena de candor, de gracia y de hermosura? Ella es el principio de las bondades de Dios para con los humanos: su anuncio fué envuelto con el del Reparador, y el cielo no se unirá á la tierra; el hombre no verá rotas las cadenas de su esclavitud, no aparecerá sobre la tierra el suspirado Mesías sin que ella dé su consentimiento para que en su seno virginal se verifique el gran prodigio de la union hipostática de ambas naturalezas en la Persona del Verbo: ella tomará despues una gran parte en la Redencion humana, pues que cual sacerdotisa ofrecerá al Eterno en el Calvario el fruto de sus entrañas. ¿Y todas estas glorias no vendrán á resplandecer en su dichosa Madre?

Mas no hemos dicho aun todo lo que forma la verdadera grandeza de la bienaventurada matrona, objeto de los presentes cultos. María es Madre de Dios: luego Ana es abuela segun la carne de este mismo Dios que se hizo hombre por salvarnos. ¡Qué relaciones tan íntimas con la Divinidad! Hed aquí por que los padres y doctores de la Iglesia han agotado todo el caudal de su elocuencia para colmar de bendiciones á la ilustre Madre de María.

¡Qué admirablemente fué recompensada, su hu-

mildad profunda y aquella resignacion con que supo soportar el oprobio de su esterilidad! Dios que oye siempre las oraciones de los justos, escuchó benigno las de Ana, concediéndole fruto tan bendito. Con cuanta razon pudo esclamar en el dia de su dicha: «Alabaré continuamente ¡oh Señor! tu nombre y le celebraré con hacimiento de gracias, por que mi oracion fué oida: y me libraste del oprobio.» *Laudabo nomen tuum asidue, et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. Et liberasti me de perditione.*

¡Cuán sublimes se presentan á mis ojos las virtudes de la gloriosa Santa Ana! Amaba tiernamente á su hija: reconocia los dones celestiales que en ella resplandecian, y no podia menos de observar un prodigio de la gracia al verla desde su mas tierna infancia con perfecto uso de razon. Asi pues si cuando teniendo la Santísima Virgen tan solo tres años de edad, quiere entrar en el Templo para consagrarse al servicio del Señor con las otras doncellas que allí vivian al cuidado de los sacerdotes y maestros, Ana en compañía de su esposo Joaquin la conduce, desprendiéndose sin repugnancia de aquel precioso tesoro que formaba las delicias de su corazon maternal. Daba á Dios lo que de Dios habia recibido.

Quedaba aun á la ilustre matrona, pasar un nuevo trago de amargura antes de bajar al sepulcro: tuvo que presenciar la muerte de su esposo San Joaquin. Amábale con la mayor ternura profesándole veneracion y respeto, porque conocia sus altísimas virtudes. Recibió su último suspiro, y si pagó á la naturaleza el tributo de sus lágrimas, recibió aquella pena con la mayor humildad y resignacion conformándose en

todo con la voluntad de Dios. Al poco tiempo debia ella tambien dejar esta vida mortal y su alma debia pasar al seno de Abraham para esperar en compañía de la de su feliz esposo y demas justos el gran dia en que á virtud de la Redencion habian de abrirse las puertas de los cielos.

María vivia en el colegio del Templo, pero Dios quiso, en sentir de una piadosa escritura (1), hacer un nuevo prodigio para premiar la virtud de su sierva. Por ministerio de los ángeles fué María trasladada desde el templo á la morada de su madre moribunda, sin que fuese notada su falta, por sustituirla durante su ausencia un ángel, tomando su figura.

La Vírgen María, colocada al lado de su madre, la consoló con las mas dulces palabras, y la santa matrona, llena del mayor gozo, entregó su espíritu en brazos de su bendita Hija, dejando esta vida cuando contaba cincuenta y seis años de edad, teniendo doce la Santísima Vírgen y llevando nueve de permanecer en el templo.

¡Dichosa Santa Ana! ¡Cuán inestimables bienes ha reportado el mundo de su singular y portentosa fecundidad! Con razon el cristianismo la saluda entusiasmado, llamándola bienaventurada por haber concebido y dado á luz esa divina Niña, de la cual nació Jesus que se llama Cristo. Su muerte feliz fué consecuencia de una vida llena de virtudes y de merecimientos.

Si nosotros, mis amadísimos hermanos, imitéramos el ejemplo de la gloriosa Santa Ana, si á imitacion suya nos resignáramos en nuestras tribulaciones;

(1) M. Agreda. Mistica ciudad de Dios. Part. 1.ª lib. II.

si fuéramos humildes recibiendo como regalos de la Providencia los trabajos y las aflicciones de la vida, nos haríamos acreedores á los favores del Señor, estimándolos y agradeciéndolos en lo que valen. Hagámoslo así, y mereceremos la proteccion de nuestra Santa, cuya grande intercesion no puede ponerse en duda, atendidas sus relaciones con el Señor, por ser Madre de la Madre de Dios. Ella, si la imitamos en sus virtudes, nos alcanzará los divinos auxilios, que nos sacarán á salvo de en medio del embravecido mar de las pasiones mundanales: nuestras oraciones subirán al cielo en olor de suavidad, y á vista de los favores celestiales que recibiremos, podremos tambien repetir las espresiones con que abrí y cierro el presente discurso: «Alabaré continuamente ¡oh Señor! tu nombre y le celebraré con hacimiento de gracias, porque mi oracion fué oída: y me libraste de la perdicion.» *Laudabo nomen tuum assidue et collaudabo illum in confessione, et exaudita est oratio mea. El liberasti me de perdicionem.*

Que por tu intercesion ¡oh gloriosa Santa Ana! y la de tu Santísima Hija María Nuestra Señora, alcancemos del Señor los auxilios necesarios para imitar tus virtudes en la tierra y poder de este modo ser participantes de la eterna bienaventuranza. Amen.